Año VI. Num. 120

Murcia

Dirección y Redacción
SAGASTA, 24 BAJO

PRECIO DE SUSCRIPCION:

Alma Joven

Domingo 15 de Octubre 1922

Murcia

Oficinas y Administración
Plaza de Chacón, 1, duplicado 2.º

0'50 Pesetas trimestre.

DIRECTOR
FÉLIX SANCHEZ PÉREZ

Organo de la Real Congregación Mariana

ADMINISTRADOR
LUIS CANO COX

PATOLOGÍA SOCIAL

RECAPITULACIÓN

He tenido ya el honor de publicar en las columnas de este periódico unos pocos y breves comentarios, acerca de diversas enfermedades sociales, que, actualmente y en tiempos pasados, han hecho su presa en la humanidad; y ahora, después de fijar mi atención separadamente en esas dolencias de las muchedumbres, que se llaman: inmoralidad, socialismo, laicismo e indisciplina social, quiero mirar en conjunto todas estas terribles crisis y otras varias, de que no he hecho mención (liberalismo, modernismo, neopaganismo, etc.), a fin de buscar, si le hubiere, un origen común de todas ellas, cosa muy necesaria para saber cuál es el remedio, con que se curaría la sociedad, en la forma relativa que es factible aquí en la tierra.

Ante todo, vaya por delante: que en las enfermedades de los pueblos sucede lo mismo que en las del cuerpo humano; por lo cual, cuando se estudian las diversas dolencias de la sociedad, no es posible de una manera rigurosa (aunque sí aproximada), ni establecer barreras entre enfermedades de distinto nombre, ni considerar, por tanto, cualquiera de éstas como independiente de todas las demás. Y, en efecto, así se puede explicar cómo el individualismo liberal pudo cooperar al nacimiento del colectivismo socialista; por qué éste da origen, no obstante afirmar lo contrario, a la indisciplina social, propendiendo al laicismo y a la inmoralidad (ejemplo: con el amor libre); y cómo, finalmente, a la inversa, la depravación de costumbres, y su secuela la impiedad, hacen brotar periódicamente en la sociedad errores o enfermedades, que, con diversos nombres, según los tiempos, vienen a ser, poco más o menos, liberalismo o socialismo.

Otras cosas que tambien importa mucho tener ahora aquí en cuenta son: 1.ª que, por lamentables confusiones, que fomentan los mismos falsos apóstoles de la sociedad, muchos ignorantes, y aun católicos instruidos (pero no mucho en Religión, ni en materias sociales), llaman igualmente socialismo, a la Sociología Católica, al obrerismo y al proletariado, *cosas todas muy distintas del sistema socialista en sí*. Estas gentes, pues, creen ver avances peligrosos, hasta en las más templadas soluciones católico—sociales, tan necesarias hoy en día; y, en cambio, no ven síntomas de enfermedad social en el materialismo ambiente. 2.ª que los falsos sistemas sociales de actualidad, que se llaman a sí mismos conquistas modernas, han sido ya propugnados, y aun puestos en práctica, por hombres de tiempos pasados, si bien con nombres distintos de los que ahora ostentan. No tienen, pues, estos errores modernos ni el mérito, que dicen poseer, de la novedad y del progreso. Y 3.ª que fácilmente los errores se desprestigian al embate de los tiempos, y las enfermedades sociales que producen se terminan, transformándose unas en otras de distinta denominación y características. Y así se observa, en efecto, que, como enfermedad social, el liberalismo casi ha muerto, y el socialismo está agonizando con la catástrofe rusa; mientras avanzan visiblemente el moderno paganismo, las inmoralidades y la falsa ley de la fuerza bruta; consecuencias lógicas, en parte, de los errores liberal y socialista, que, si bien están ya casi sin adeptos, aun hacen daño a la sociedad, y pueden siempre reproducirse en aquellas colectividades, que se aparten de la Religión.

Bien claro se ve, por tanto, que las enfermedades sociales tienen muchos puntos de contacto las unas con las otras; pero es más: a poco que se las examine se observa tambien que tienen todas un sólo origen común, que es el apartarse muchos hombres de sus deberes para con Dios; al suceder lo sensatos vuelven sus ojos idolatras hacia las criaturas (y principalmente hacia sí mismos), buscando una anhelada felicidad en la satisfacción de sus ya libres pasiones, a las que intentan justificar, diciendo que son necesidades de la naturaleza humana, y que, al chocar unas con otras en ciertas agrupaciones sociales, distruyen a éstas, y hacen enfermar a la sociedad. Por consiguiente, en la *egolatría* (que es máxima soberbia) podemos descubrir el origen común de las enfermedades sociales; motivo por el cual, se explica cláramente cómo una sociedad ególatra (ejemplo: Francia, en los siglos XVIII y XIX) cae fácilmente unas veces en el liberalismo, y otras, en los vicios e inmoralidades; ora en la indisciplina social y política, o bien en la indiferencia religiosa, en la impiedad, o en las herejías; y hasta el socialismo, sin parecerlo a primera vista, tiene su origen en la egolatría de los hombres, pues es un engendro de la soberbia humana, toda vez que la solidaridad social, que predica cual elixir de la felicidad, no está basada en el espíritu de sacrificio, que es amor y caridad, sino en un conjunto de conveniencias e intereses materiales (solidarios al principio, pero incompatibles después), con los cuales se suponen satisfechos los *egoismos* individuales dentro de la colectividad social.

De todo esto se deduce: que, arrancando la egolatría del corazón de los hombres, se libraría a las sociedades modernas de todas sus inquietudes y dolencias; pero esto sólo se consigue cristianizando a las muchedumbres descarriadas, a fin de que substituyan el código de las pasiones por el del Evangelio, y el falso culto a la humanidad, por el que todos debemos al Dios de cielos y tierra. Esta es la *única* terapéutica que cura los males sociales; mas su aplicación no es obra de pocos dias ni de pocos hombres sino que, en la empresa de hacerla efectiva, todos los católicos, altos y bajos, tenemos trabajo, que desempeñar. ¿Cómo nos obliga a cumplirlo, y cómo lo cumplimos actualmente? Esto debe ser ya objeto de otro artículo.

Luis BARCALA MORENO

LA FÉ

Yo soy amor y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí postrado en el peñón desierto
canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy àrbol santo del eterno huerto;
rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarra y llora;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora;

aspirando mi luz el alma es fuerte.
La pena se hace amor; la noche aurora;
la tumba claridad; faro la muerte.

B. LÓPEZ GARCÍA

"El Libro Regional"

Acabo de dejarlo sobre mi mesa, y ya siento deseos de volver a su lectura. Es «El Libro Regional», cuidadosamente editado por los cultos poetas Enrique Soriano y Francisco Frutos, un acertado compendio de las «cosas murcianas» debidas a la pluma de sus ilustres antecesores.

El sainete discreto, sencillo, netamente huertano, de aquel desdichado vate que se llamó Soriano Hernández, camina de la mano, a través del libro, con las poesias saladísimas del inmortal Frutos Baeza.

Su conjunción maravillosa es el alma del libro; y el verdadero murcianismo—sentimiento y donaire—asoma de vez en cuando, como pudiera hacerlo una huertana sonriente entre los azahares de su reja.

Yo no podría dar una opinión crítica acerca de «El Libro Regional». Me parece en cierto modo algo mío, algo de todos los que tuvieron la dicha de sentirse murcianos alguna vez. Sus versos son rumores de acequias fecundantes, notas de parranda bullanguera, restallar de alegres postizas, cantos melancólicos de trilla. Todo, en fin, lo que guarda como exclusivamente suyo Murcia... La *Sultana dormida*, que aún entre sueños siempre tuvo una sonrisa para sus hijos y un ramo de flores para sus artistas.

Como prólogo al divertido sainete «La política en los Garres» va inserta una evocación de Francisco Frutos a la musa huertana, reflejada magistralmente en los primeros versos:

«Soy la musa rediviva
de la huerta legendaria
que dormía su grato sueño
bajo un cielo de esmeralda
al amor de una palmera
bajo el dosel de una parra.»

Tambien el libro encierra algo de Enrique Soriano; una sentida poesia titulada «¡Cajines y albares!» dedicada a la memoria de Frutos Baeza:...

«Aquel árbol alegre de flores encar-
(nadas,
borbotones de sangre, carcajadas de
(amor,
se secò para siempre....»

Murió Frutos, es verdad; se secó el árbol, pero las flores que produjo no se marchitaron, no morirán nunca, porque las cuidaremos todos.

Vosotros, filántropos editores de «El Libro Regional», habéis empezado, y todos los murcianos, de nacimiento o de corazón, os seguiremos, con sangre de nuestras venas, con sudor de nuestras frentes...

A. RODRIGUEZ ÁLVAREZ

Madrid, Octubre 1922.

DESDE LA TORRE

FILOSOFÍAS A VISTA DE PÁJARO

No se pierde el tiempo que se emplea en subir a nuestra Torre de la Catedral; la serie de maravillosos paisajes que se descubren desde aquel excelso observatorio, deja en nuestras pupilas recuerdos imborrables. Son estas excursiones útiles para la higiene del alma y la del cuerpo... ¡Y a fé que los [illegible] raramente de en los primeros mo[illegible] brecoje una sensación de desagrado y aun de angustia. Aquel vaho húmedo que se desprende de las losas, de las paredes, de las bóvedas; aquellas ventanucas de calabozo, aquellas diecisiete cuestas interminables, que suben en espiral como anillos de un monstruoso caracol, toda aquella mole de piedra amarilla sobre nuestras cabezas, nos aplasta con impresión de asfixia, sin que remotamente podamos sospechar el espectáculo que nos aguarda allá arriba.

El primer gigantesco caracol rompe sus últimos anillos en una terraza cuadrangular y después asciende, asciende en espiral otro caracol aún mas estrecho por el que apenas cabe un cuerpo humano. Al salir de la prisión desembocamos en el departamento de las campanas y aún hay que seguir subiendo, subiendo siempre...

La única vez que he subido a la Torre, fué en un mes de mayo ya lejano. Desde allá arriba me pareció que si daba un salto, iba a horadar el cielo con la cabeza.

Caia la tarde dulcemente y se aproximaba llena de suspiros esa hora melancólica de la salutación del Angel, cuando plañen las campanas la agonía del sol, y los gorriones, de retirada, cruzan la azul serenidad del cielo, agudos y rápidos, como saetas vivas. El aire perfumado con emanaciones de azahares y magnolias era una caricia.

Sobre mi cabeza, rozando casi la cruz de la veleta, se perseguían alocadas, en vuelo circular, palomas blancas. Grandes sombras en forma de aves monstruosas empezaban a reclinarse sobre la vega y a posarse en el seno de la ciudad moruna, que se extendía, lánguida, en su lecho verde, con pereza de cortesana.

Casi perpendicular a mis pies se dibujaban por la parte de la [illegible] los... Por uno de aquellos muros verdinegros, corria retozona, una mata de campanillas azules, poniendo un brochazo de poesia entre aquellas ruinas.

Desde que empecé a subir las primeras cuestas, descubrí con sorpresa, grabadas en la piedra unas, al parecer con cuchillos y navajas, pintadas otras con carbón y la mayoría con lápiz, millares de firmas, de fechas, de sentencias, de recordatorios; verdaderos documentos humanos confundidos aquí y allá en el suelo, en las paredes, en los techos de las bóvedas, en los arcos de piedra, al pie de las hornacinas y hasta en el bronce de las campanas.

¡Perdonable vanidad en las marionetas humanas, estas ansias de sobrevivirse, de dejar en la tierra una leve huella de su paso, aunque sea de lápiz y en el manto de un santo de piedra...!

Entre aquellas inscripciones las habia escritas en verso y abundaban las redactadas en diversos idiomas, sobre todo en francés y en latín. Cuatro, entre todas, hirieron mi atención. Decía la primera:

«No amo mas tierra que la que descubro desde aquí» «R. S. año 1860.»

Instintivamente, al leer esa linea, asomé la cabeza por una claraboya y... ¡cuán discupable el estrecho egoismo patriótico del bueno de R. S.! ¡Como justificaban los cielos y la tierra su sentimentalismo murciano!

Hemoglobina Asimilable STENGRE

CURA LA ANEMIA: ESTIMULA EL APETITO